

## BIBLIOGRAFIA

JOSEF PIEPER, *La Defensa de la Filosofía*, versión castellana de Alejandro Esteban Lator Ros, Ed. Herder, Barcelona, 1970, 146 pp.

La defensa de lo grande que justifica el poder del intelecto, tal como lo expresa el autor, se cumple argumentando. Y por esto tiene lugar su obra. La cuestión se centra en una defensa de la filosofía que es al mismo tiempo un reafirmar el modo de concebirla del pensar occidental.

Desde el comienzo la reflexión aparece en un contexto metodológico original para nuestros días: proponer una cuestión y estar abierto y en silencio para oír a los que piensan de otra manera. Su tesis, en torno a la cual giran objeciones y respuestas, nos presenta una filosofía al modo de reflexión, de pregunta acerca de todo lo que hay. Y los acusadores se hacen sentir inmediatamente:

—Una tal definición es en primer lugar imprecisa y vaga.

Pero el autor también tiene preparada su respuesta:

—La exigencia de precisión, legítima en el ámbito de la ciencia, en filosofía es un mito. Además, dicen:

—No existe un filosofar al modo de reflexión y de pregunta, porque no lo fueron ni las grandes especulaciones del siglo XIX ni dejarán los filósofos cientificistas de nuestro siglo, que así lo sea.

Pero humildemente contesta a los objetantes:

—No otra cosa es filosofar que un preguntar, un mantenerse en un no saber, un aceptar que las respuestas no revistan el carácter de información que aquiete nuestras preguntas.

Pero insisten:

—La filosofía es algo inútil y esto, todos lo saben. ¿Cómo pueden creer, entonces, que tenga algún sentido?

¡Eficaz argumento! Exodo de filósofos... Concedamos —dicen— para no ganar tan pronto la batalla, que la filosofía puede subsistir, pero eso sí, hay condiciones: el proceso del filosofar debe poder ponerse en marcha a discreción por una operación mental claramente definida. ¡Voluntarismo immanente a toda exigencia de utilización práctica!, gritan los acusados...

Y entonces el poder de la defensa comienza a sentirse:

—Filosofar es algo gratuito, es una actividad interior no aprendida o al menos no se la estudia al modo como se estudia y aprende filosofía.

Aquí el autor es intransigente, aun cuando con plena conciencia de la situación actual llega a decir que este desacuerdo es tanto mayor en nuestra época por cuanto la lucha hoy no es sólo conseguir el pan, sino y principalmente por preservar la libertad, a partir de lo cual la pregunta si una existencia humana verdadera implica o no el filosofar se hace tremendamente problemática o simplemente no se formula por falta de sentido. Los que acusan, como bien lo hace notar el autor, no son siempre los de afuera, también dentro de la filosofía se enmascaran las fuerzas de la destrucción favoreciendo las imitaciones fraudulentas de los verdaderos filósofos. Las acusaciones que se ejercen por oposición abierta, tiene al menos, el valor de la franqueza, de no ocultar la verdad de lo que intentan con el disimulo. Pero cuando se trata de moneda falsa es mucho más grave porque fomentan la apariencia de auténtica filosofía y la creencia de que no falta nada cuando falta la verdad. Es el dominio del sofista, del filósofo aparente que busca en todo la originalidad conceptual o lingüística, que se libera de la verdad objetiva y queda preso en la búsqueda de lo suyo... Los argumentos a favor y en contra se presentan repetidamente a lo largo del libro, a veces produciendo cierta fatiga en el lector, por ejemplo cuando se trata de rescatar la filosofía de toda posible utilización práctica, da argumentos, y vuelve a darlos, hasta que encuentra tal vez el que más prueba: la filosofía no puede ni debe servir para nada porque ella se decide con un privilegio, el de la libertad. Y ésta, entendida no sólo como espacio libre en el que se hace posible el diálogo intelectual, sino también y principalmente como actitud interior que no es una conquista contra lo anónimo sino el fruto de la verdad. La no utilidad de la filosofía no la decide arbitrariamente el filósofo sino la verdad a que apunta. Por esto, frente a la verdadera filosofía, la ciencia parece más bien caracterizarse por un "forma especial de falta de libertad de espíritu". No puede dejar de lado la tentación de claridad, de precisión, de distinción propia y legítima del quehacer científico, como también su derecho a prescindir más o menos explícitamente de todo dato no verificable, aunque éstos sean los presupuestos de la existencia. Sin embargo, insiste el autor en que el litigio no se da entre filosofía y ciencia, sino con la opinión de que las ciencias marcan el único pensar verdadero y exacto sobre la realidad. Y para estos objetantes, la defensa pone límites:

1º) No es lo mismo el preguntar del científico que el preguntar del filósofo;

2º) La perfección del conocimiento no la determina la exactitud sino el grado de ser del objeto que se presenta;

3º) Los resultados en ciencia no revisten el mismo carácter que en filosofía;

4º) Y el progreso lineal de la primera, se convierte en la segunda casi en una recuperación de lo olvidado que llamamos recuerdo...

Con todo, está muy lejos el autor de querer ganar batallas a cualquier precio. Por eso en las últimas cuestiones llama a la reflexión: rechazar orgullosamente las críticas por el solo hecho de que son científicas, significaría para la filosofía el peligro de convertirse en un "puro entretenimiento intelectual". La ciencia tiene exigencias que humildemente deben aceptarse. Una de ellas dice: ¡Claridad en el lenguaje, señores filósofos! Y hay que conceder, porque la profundidad y la verdad de las cuestiones no dependen de palabrería inútil como tampoco del uso de un lenguaje personal.

Sin embargo, como buen filósofo, el que ejerce la defensa tiene la última palabra: claridad sí, pero la oferta científica de un lenguaje artificial, ¡no!

Porque en filosofía los símbolos matemáticos resultan de exactitud aparente, exactos como palabras, pero aparentan realidades que no existen...

Y llegamos al final de estas cuestiones y aquí nos preguntamos si vale la pena la lectura de este libro: escrito a mediados de siglo por un filósofo alemán que describe la situación de la filosofía tomada principalmente de su experiencia alemana. Por ejemplo, alguno de los textos que son índice de esta situación están sacados de las ponencias en las asambleas del Partido Socialista de Alemania Oriental en los años 1951 y 1957.

Y aunque menos llevadero que otros del mismo autor, decimos que vale la pena su lectura.

MARÍA RAQUEL FISCHER

ALBERTO CATURELLI, *La filosofía en la Argentina actual*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1971, 373 pp.

Esta obra —que se presenta como el primer volumen de publicaciones del II Congreso Nacional de Filosofía realizado el año pasado en Alta Gracia (Córdoba)— nos brinda un panorama asombrosamente completo de una realidad tan difícil de abarcar como lo es la actividad filosófica de nuestra patria. Digo "tan difícil de abarcar" porque carecemos de centros de información que de algún modo nos tengan al tanto de lo que sucede en este campo, de quiénes son los que trabajan en él, de qué se ocupan actualmente, de cuáles son los resultados de su labor.

Hay, sin duda, datos fragmentarios, dispersos en algunas publicaciones especializadas, en notas bibliográficas de revistas o diarios o en catálogos de librerías. Pero no se ha encarado, como ocurre en otros países, una labor informativa continua y coherente, pese a los deseos expresados durante el Primer Congreso Nacional de Filosofía (Mendoza, 1948). Tal vez de esta falla dependa el aislamiento con que se trabaja en materia filosófica, malgastando tiempo y esfuerzos. Es un hecho lamentable, pero que por ello mismo debe subrayarse, que en este ámbito no se intercambian ideas y experiencias, ni siquiera entre los que tienen afinidades temáticas o tendenciales. Y no se podría inculpar de esto a nuestro individualismo criollo, ya que en otros campos del saber no se da este fenómeno. Parecería que en materia filosófica "los hombres son islas" y los grupos cotos cerrados.

De ahí la importancia capital de la obra de Caturelli, trabajador incansable y fecundo, entrañablemente preocupado en investigar el pensamiento filosófico argentino y su pasado inmediato. Gracias a su labor contamos con notables esclarecimientos sobre la obra de filósofos de valer que, de otra manera, habrían caído en un lamentable olvido. Gracias a ella contamos ahora con un cuadro general, que en adelante será una referencia ineludible, de nuestra actividad filosófica. Quiérase o no, este libro rompe las murallas que nos encastillan. En un mundo en el que la comunicación interpersonal o intergrupal es un imperativo de la hora y en el que la socialización se ha convertido en un tema casi obsesivo, nos da un ejemplo de apertura y de comprensión que debe ser seguido por todos, en especial por los que "tematizan" la comunicación y lo social, sin esforzarse por llevar a la práctica lo que predicán.

No sería posible dar, en el corto espacio de una reseña, una idea de la riqueza de esta obra, cuyo índice de autores abarca dieciséis páginas a doble